



Sobre la vocación como ejercicio de poder

Ivannsan Zambrano G.¹

¹ Doctor en Humanidades. Integrante del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas. Profesor de las facultades de Educación y Artes de la Universidad de Antioquia. Coordinador del grupo Colegio Pedagógico. Historia, imágenes y concepciones del maestro. Correo: ivannsan.zambrano@udea.edu.co

A través de un diálogo epistolar, este artículo busca explicitar y fundamentar cómo la vocación se configura como un ejercicio de poder, y de qué manera dicho poder —entendido como un fenómeno neutral, ni bueno ni malo—, ejercido por un maestro, se despliega estratégicamente en las relaciones de fuerza que constituyen el devenir social. Se plantea que el maestro que reconoce su vocación, se percibe empoderado y consciente de su labor y su identidad frente a las formas sociales que niegan la vida, la disminuyen y la oprimen. En este sentido, se presenta al maestro como un agente de resistencia activa.

Palabras clave: poder, vocación, maestro.

Al maestro le queda muy difícil formarse la idea de que él mismo es un poder. Él sabe, él califica. Lo que yo les quiero decir es que entre el poder y la verdad hay muy malas relaciones.

Estanislao Zuleta

No obstante, es menester decir que un maestro sólo puede ser maestro de aquel que de alguna manera ya es como él; quien no tiene la disposición espiritual del maestro sólo tendrá oídos sordos para la palabra y la enseñanza de éste, pues el efecto de transmisión únicamente se alcanza en el encuentro justo de la palabra del maestro con la estructura subjetiva del discípulo.

Carlos Mario González

A quienes resisten y en su resistencia nos recuerdan el valor de estar vivos. A Mauricio, Lina, María Isabel, Yadhira y muchos más. A todos los que han sido y serán.

Estimado Federico:

Hace un tiempo conversamos sobre la vocación (Zambrano, 2022), y argumenté algunas ideas que hoy quiero complementar, a la luz de una serie de estudios que vengo realizando y que me han llevado a interesarme por el poder, es decir, me interesa comprender qué es y cómo funciona. Muchas veces creemos que el poder lo tienen otros, «los poderosos», y que ante ellos, ante la «innegable realidad» de nuestra existencia minúscula e insignifican-

te, no podemos hacer nada, pues no tenemos «poder». Ante este panorama, nos desanimamos y nos descalificamos a nosotros mismos. Para comprender esta realidad, he entablado un diálogo con autores como Foucault, Luhmann, Arendt, Spinoza, por supuesto, pero principalmente con Byung-Chul Han y su libro *Sobre el poder* (2017). Considero que es importante entender que el poder, pues, como nos enseñó Foucault, no se tiene, se ejerce, no es una sustancia; de acuerdo con Byung-Chul Han, es «una relación» (2017, p. 42). El poder tampoco es vertical ni maligno; no es malo ni bueno, es poder. Desde esta perspectiva, el poder puede destruir, pero también construir: construye realidades y se expresa en acciones, discursos, ideas, en todo.

Recuerdo haber sostenido que la vocación es un discurso, en el marco teórico de Foucault. En concreto, argumenté que la vocación constituye un conjunto de ideas y prácticas que, al igual que otros discursos, se emplea con fines de gobernabilidad; en ocasiones, para la explotación o el engaño, tal como ocurre con los discursos de la felicidad, el emprendimiento, entre otros. En lo que respecta al maestro como individuo, su experiencia en relación con este discurso puede ser muy distinta (Zambrano, 2022, p. 130).

Te dije que dicho discurso no es inmutable, sino que está sujeto a relaciones de fuerza. Aunque existen discursos hegemónicos que estructuran realidades —como aquel en el que la vocación se convierte en un instrumento discursivo para la esclavización de los individuos—, también te mencioné que algunos individuos —aquellos que han trabajado a sí mismos y alcanzado una cierta soberanía y autenticidad— suelen resignificar dichos discursos y vivirlos de una manera distinta.

En esa conversación que tuvimos, no ahondé en el concepto de poder; por eso, quiero hacerlo hoy, pues la vocación, estimado Federico, es un ejercicio de poder, y es importante señalarlo; al hacerlo, quiero resaltar que dicho poder es inmanente, y que el buen maestro,² cuando

² A quien entiendo como un maestro memorable, es decir, maestros «que emergen, que salen a luz por su dife-

vive su vocación, es un poder activo, con capacidad de incidir en la construcción de realidad. La vocación, Federico, en tanto poder, tiene una existencia activa y dinámica, no responde a un ideal anclado en el mundo de las ideas; es poder en potencia, una fuerza inmanente —insisto—, que resguarda la resistencia.

Cuando hablamos de poder nos referimos a fuerza: es fuerza ejercida en medio de otras fuerzas. Ya sabes que todo es una relación de fuerzas, en todo hay fuerzas relacionándose, cada uno de nosotros, de lo que existe, es fuerza. Spinoza afirma que somos «una relación de relaciones relacionándose».³ La vocación es fuerza activa e inmanente, integra lo que eres y, si lo decides, lo que serás. En principio, sentimos vocación por la vida, pues es la voluntad que tenemos para vivir, esa fuerza que te jala, que, para bien o para mal, sostiene tu existencia.

Recuerda, somos energía, y esto es algo que debemos tomar con cuidado. En el mundo de la física moderna hay una noción fundamental, una que expresa la equivalencia entre masa y energía: «Todo es energía, y eso es lo que hay», frase erróneamente acuñada a Einstein, pero muy dicente respecto a lo que quiero explicarte. Esta idea explica la interrelación que existe entre todas las cosas: lo visible e invisible. En relación con lo anterior, no eres una energía inmutable ni inerte; todo lo contrario:

**Muchas veces
creemos que el
poder lo tienen otros,
«los poderosos»,
y que ante ellos,
ante la «innegable
realidad» de nuestra
existencia minúscula
e insignificante, no
podemos hacer nada,
pues no tenemos
«poder». Ante este
panorama, nos
desanimamos y nos
descalificamos a
nosotros mismos.**

como energía, tu ser está determinado por la forma en que te relacionas. Según estas relaciones, puedes experimentar un aumento de tu potencia de obrar o, por el contrario, una disminución, incluso su anulación. Siempre estás en movimiento, en constante vínculo con lo que te rodea. A este dinamismo Spinoza (2009) lo denomina «potencia»; es decir, eres potencia —yo diría, potencia energética o red de relaciones energéticas—, y dicha potencia transita entre grados de energía o grados de intensidad. Perdona que insista: un mayor grado de potencia implica un aumento, mientras que un grado menor conlleva disminución.⁴ ¿Respecto a qué? A vivir, a durar tanto como sea posible, ese es el objetivo de todo lo que existe.

Como te comenté, esa energía el buen maestro la vive y expresa como mediación, y en ella, como pasión.

⁴ Escribe Spinoza en la Proposición 11 de la tercera parte de la Ética: «La idea de todo aquello que aumenta o disminuye, ayuda o reprime la potencia de actuar de

nuestro cuerpo, aumenta o disminuye, ayuda o reprime la potencia de pensar de nuestra alma. (...) Escolio. [a] Vemos, pues, que el alma puede sufrir grandes cambios y pasar ora a una mayor ora a una menor perfección; y estas pasiones nos explican los afectos de la alegría y la tristeza. En lo sucesivo entenderé, pues, por alegría la pasión por la que el alma pasa a una perfección mayor: por tristeza, en cambio, la pasión por la que la misma pasa a una perfección menor» (Spinoza, 2009, p. 134).

rencia, su fuga, su singularización, en otras palabras maestros que destacan debido al des-subjetivamiento que llevan a cabo sobre sí mismos (... maestro) que en la vida particular de los estudiantes provocan una situación de cambio, también una des-sujeción, (de-sujetarse respecto aquello que se les ha sido impuesto como forma de vida, que los disminuye, que no les permite la soberanía de sí)» (Zambrano, 2021, pp. 82-83).

³ Al respecto, véase clase X, XI, XII (Deleuze, 2008).

Sin embargo, alcanza su mayor potencia en la idea del amor. Decíamos que el maestro es, también, un enamorado; actúa como tal, proyectando su falta. En el caso del maestro —diferente del profesor o el docente—, esa falta se manifiesta como una pregunta, dirigida tanto a sí mismo como al otro: una pregunta por la vida, por cómo vivir, y en esa interrogación el deber de construir una vida auténtica y soberana.⁵

Cuando te hablé de esa proyección, lo hice sin detenerme a problematizarla ni desnaturalizarla en términos de poder: en la forma en que la subjetividad del buen maestro se expresa también como relación de poder; es decir, la vocación del maestro implica, también, un deseo de prolongarse en el otro; que su voluntad —ese conjunto de ideas y experiencias—

El buen maestro ejerce poder, y en ese ejercicio da continuidad a su propio ser. Busca que su *yo* sea acogido voluntariamente por el *yo* del otro, el educando. Es decir que el otro participe de su *yo*, de sus enseñanzas, sus búsquedas, sus luchas.

⁵ Sigo a Foucault cuando afirma: «Uno no puede preocuparse por sí mismo sin pasar por el maestro, no hay inquietud de sí sin la presencia del maestro. Pero lo que define la posición de éste es que se preocupa por la inquietud que aquel a quien guía puede sentir con respecto a sí mismo. A diferencia del médico o del padre de familia, el objeto de sus desvelos no es el cuerpo ni los bienes. A diferencia del profesor, no se preocupa por enseñar aptitudes o capacidades a aquel a quien guía, no se preocupa por enseñarle a hablar, no trata de enseñarle a imponerse a los demás, etcétera. El maestro es quien se preocupa por la inquietud que el sujeto tiene con respecto a sí mismo y quien encuentra, en el amor que siente por su discípulo, la posibilidad de preocuparse por la preocupación de éste en relación consigo mismo» (2011, p. 72).

pueda disponerse en el educando, a expresarse a través de él.

Entonces, este es un procedimiento de poder, toda vez que el poder busca la continuidad del *yo* en el otro, que el otro «*sea yo*». Byung-Chul Han sostiene que «todo espacio de poder es la continuidad de un sí mismo que persevera consigo mismo frente a otro. La continuidad y la subjetividad son elementos estructurales, comunes a todas las formas de manifestación de poder» (2017, p. 36).

Hablamos de poder en tanto expresión activa de la vocación. Esto significa que el maestro que vive su vocación y es consciente de ella se reconoce empoderado: sabe que lo que hace produce efectos, genera respuestas —a veces sutiles, a veces profundas—, según la relación de fuerzas en la que se encuentra inmerso. El buen maestro ejerce poder, y en

ese ejercicio da continuidad a su propio ser. Busca que su *yo* sea acogido voluntariamente por el *yo* del otro, el educando. Es decir que el otro participe de su *yo*, de sus enseñanzas, sus búsquedas, sus luchas.

Hay una forma de satisfacción en el *yo* del maestro cuando el otro, el educando, le otorga, de alguna manera, una sensación de seguridad al compartir un marco simbólico común. Es lo que Byung-Chul Han (2017) llama un *espacio de inter-*

mediación. Yo diría, siguiendo a Castoriadis (1975), que se trata de un imaginario⁶ común,

⁶ Se entiende por imaginario social el entramado de redes simbólicas que permea las interacciones sociales y a la vez constituye y da vida al universo simbólico de aquella red; además, es siempre cambiante. El imaginario social se presenta como un espacio simbólico que contiene un conjunto de significantes, significaciones, prácticas, creencias, discursos. Constituye un magma de significaciones sociales (Castoriadis, 1975) que reúnen, cohesionan y visibilizan a un colectivo determinado, un grupo, una institución, una comunidad.

uno a través del cual la voluntad del maestro se realiza en el otro —incluso, o todavía mejor, cuando ese otro, el educando, no es del todo consciente de ello—. Sabes bien que la forma más eficaz de ejercer poder no es la que se impone por la fuerza, sino aquella en la que el otro expresa la voluntad del yo como si fuese propia; es decir, no actúa por obligación, sino porque lo desea, es su voluntad. No olvides que somos deseo, que el deseo es nuestra esencia. Para Spinoza (2009), el deseo es la esencia del hombre.

¿Cómo así que la voluntad del maestro se realiza en el otro? Sí, hay que reconocer lo obvio: el maestro tiene la voluntad de que el estudiante se apropie de lo que le entrega, lo haga suyo. Si esto se logra, el maestro habrá realizado su voluntad en el estudiante y este expresará la voluntad del maestro, es decir, vivirá y encarnará lo aprendido. Al principio, aquello que el estudiante encarna proviene del maestro, pero progresivamente se transforma en algo nuevo, resultado de lo que él mismo hace con lo recibido; en ese tránsito, se manifiesta un ejercicio de autenticidad.

Yo —o mi yo en tanto maestro— busca una forma de continuidad en el educando: ese espacio de intermediación donde tanto él como yo nos vemos conmovidos, transformados y desafiados. En ese encuentro, si el otro comparte el mismo código, el maestro se siente seguro, libre y realizado; en el caso contrario, aparece la impotencia y la frustración. La vocación, entendida como un ejercicio de poder, no se reduce a un deseo altruista o compasivo. En el caso del maestro, también implica la necesidad de asegurarse más poder, porque el poder que ya ejerce, o se «tiene», nunca es suficiente. No se trata solo de autoconservación —de durar tanto como sea posible—, sino también de autoafirmación. Aquí es pertinente recordar a Ricoeur y su concepto de *identidad narrativa*.⁷ Este procedimiento subjetivante

produce placer. Y en ese placer se encuentra también el goce del maestro.⁸

En general, para el educador, la vocación —vívica como un estado de enamoramiento—, es también un estado de necesidad. ¿Qué se necesita? Más poder. En otras palabras, esos ideales o necesidades satisfechas le brindan, como a cualquier enamorado, una sensación de bienestar, de sentirse potenciado, engrandecido. ¿Cómo se obtiene ese poder? Propiciando en el otro —el educando— un viraje de sí, un cambio en la manera en que se relaciona consigo mismo y con el mundo. Ese cambio, finalmente, representa una continuidad del maestro en el alumno. Esto no es malo, insisto, el poder no es malo; por eso decimos que los grandes maestros nos habitan, que somos *una parte de ellos*.

Federico, como alguna vez nos recordaba Carlos Mario González (Biblioteca Pública Piloto, 2017), hoy se nos impone la absurda idea de que cada quien se hace a sí mismo y solo se debe a sí mismo, olvidando que siempre estamos contruidos en la mediación del otro. Solo por el otro —por los otros— es que somos; sin ellos, simplemente, no seríamos. Reconocer que estamos hechos por otros, que

mediante la cual el individuo se sobrepone al tiempo mismo; es decir, este, el individuo, no cambia o cambia poco en lo que él cree ser, debido a que se repite a sí mismo —y a los otros— lo que ha sido y quiere ser; de esta forma, el futuro, en lo que respecta al individuo, no está lleno de incertidumbre; por el contrario, es una afirmación. Al respecto consultar a Ricoeur (2003).

⁸ Para el profesor —quien profesa un saber—, el poder como vocación se expresa en un juego mucho más perverso, pues el profesor se satisface al sentirse reconocido, admirado, idolatrado... como una estrella de cine. Al saberse observado, acrecienta su poder, que es también placer.

⁷ La narración es el eje de la identidad en Ricoeur. En dicha narración, al igual que en Spinoza —el conatus—, el individuo se afirma y reafirma, se sostiene en una suma de ideas que lo definen. Narrarse es un acto de identificación, de sobrevivencia al devenir, al paso del tiempo. Esa gran historia opera como el arma central



el otro es decisivo en nuestro devenir, no es solo un acto de humildad y llegado el caso, de agradecimiento: es también una necesidad ontológica y, en estos tiempos, un gesto de resistencia ante el individualismo neoliberal que se nos impone.

Volviendo al asunto del poder y la vocación, es importante reconocer que en el oficio de maestro —como en cualquier otro oficio— se ejerce poder. Sin embargo, en el caso particular de la enseñanza, ese poder puede adoptar dos formas: puede doblegar al otro, como ocurre en una educación orientada a la obediencia, o puede, por el contrario, abrir la posibilidad de que el otro se construya a sí mismo, influenciado por el maestro, un buen maestro (Zambrano, 2021). Este último enfoque plantea varios aspectos que merecen una reflexión más profunda.

Federico, la violencia es el fracaso del poder, o, en todo caso, la expresión de un poder empobrecido, ejercido de una manera pobre. Si seguimos a Byung-Chul Han (2017), entendemos que el poder busca la continuidad de sí mismo. En este sentido, cuando no se logra continuidad, hablamos de violencia, pues quien impone su voluntad por la fuerza puede, en un primer momento, lograr que el otro cumpla con su voluntad; sin embargo, no puede garantizar que ese otro quiera sostenerla en el tiempo, que la integre a su deseo o que, a partir de ella, llegue a crearse o a recrearse a sí mismo.

La violencia es el fracaso del poder, o, en todo caso, la expresión de un poder empobrecido, ejercido de una manera pobre.

La violencia se ejerce de espaldas al deseo. Es una configuración macabra en la que el otro se ve obligado a negarse a sí mismo, a renunciar a su deseo. Y aquí me refiero a aquel individuo que se ha dado a la tarea de comprender, trabajar y dar forma a su deseo, pues desafortunadamente la mayoría de las veces, como bien sostiene Lacan, «somos el deseo del otro». Al comprender esto, podemos entender por qué existe una forma de educación que es violenta, y que lamentablemente es la hegemónica hoy en día. Se trata de una educación que obliga al educando a convertirse en una copia de lo que otros han dicho, que lo empuja a hacer sin ser, a descuidar su propia vida en nombre de una forma de vivir que no es más que esclavitud: vivir para el trabajo. En síntesis, esta educación opera de espaldas al deseo del estudiante, sin el menor interés en llevarlo a preguntarse por su deseo ni en ayudarlo a ser su propio soberano. Ese, Federico,

es el gran fracaso de la educación contemporánea. Es la tragedia en la que vivimos. El educador, reducido a un simple instructor, deja de formar. De ahí surge esa mal llamada escuela tradicional: una escuela del desinterés, de la inco-

municación, de la obediencia y la normalización. Una escuela donde la intermediación es pobre, y donde, inevitablemente, esa pobreza se traduce en violencia: en el uso de la fuerza bruta, en la imposición de un lado sobre otro... hasta anularlo.

Federico, habría que entender que quien ejerce la vocación no solo hace uso del poder, sino que encarna un poder inmanente: aquel que emana de su propia vida, de su impulso vital frente a la existencia. El poder como vocación es, en sí mismo, vida en resistencia; es la vida de quien se compromete apasionadamente y con absoluta convicción con aquello que le da sentido; en este caso, el buen maestro se entrega por completo a la enseñanza.

Esto es fundamental, porque existe una diferencia entre quien ejerce poder desde la conciencia de su ser —porque sabe quién es, porque se sabe fuerza y potencia, y por eso actúa con claridad— y quien no lo sabe, obra con miedo, medida, sin certeza.

El maestro —o cualquier individuo que vive su vocación y reconoce su capacidad para ejercer poder, entendido este como una relación de fuerza inmanente—, vive en plenitud de sus capacidades; actúa con seguridad y procura estar a la altura de las posibilidades que le plantea la vida; en otras palabras, responde al deseo que lo constituye, a su esencia como voluntad de vida. Se trata de una existencia que adopta el tono de aquello que el individuo ha decidido soberanamente, haciendo de ello una pasión. Lamentablemente, vivimos en una sociedad —un tiempo presente e histórico— que fomenta que los individuos le den la espalda a su deseo, y, con ello, desconozcan su propia fuerza y su capacidad para ejercer poder.

Decimos que conocemos, que nunca antes habíamos acumulado tanto conocimiento como hoy; sin embargo, todo ese conocimiento se desvanece cuando no nos conocemos a nosotros mismos. Nietzsche lo expresó con claridad: «Nosotros que decimos conocer, somos desconocidos para nosotros mismos» (2001, p. 21). Quien se conoce a sí mismo, sabe de su deseo, su potencia; es capaz de darle forma a su destino, y creo que este es el mejor ejercicio de libertad. En contraste, quien no lo hace se convierte en individuo-masa, doblegado por una relación de fuerzas que lo reduce a la esclavitud: un ser ajeno a sí mismo, que apenas obedece, casi automatizado, engranado a una vida que no le pertenece.

Frente a esto, el buen maestro se erige como una contrafuerza. Expresa su deseo, su propio ser, como un sí mismo que busca, por supuesto, y busca prolongarse en el otro —el educando, la sociedad—, para hacer posible que ese otro rompa los lazos de sumisión con lo impuesto. Así, nutrido por el *sí mismo* del

maestro, el individuo, puede ir conquistando gradualmente su autonomía y su libertad.

Referencias

- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- Biblioteca Pública Piloto (2017, 19 de abril). *Ciclo: Grandes huellas sociales para recordar. Conversan: Carlos Mario González, Juan David Gómez y Santiago Alarcón Zapata* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=-9U1VVKDCOE>
- Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Cactus.
- Foucault, M. (2011). *La hermenéutica del sujeto*. Fondo de Cultura Económica.
- González, Carlos Mario. (2021). ¿Qué es un maestro? El caso de Estanislao Zuleta y el problema de su transmisión. *Páginas para leer entre líneas*, (1).
- Nietzsche, F. (2001). *La genealogía de la moral*. Alianza.
- Ricoeur, P. (2003). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.
- Spinoza, B. (2009). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editorial Trotta.
- Zambrano, I. (2021). Maestros memorables en las vidas de los maestros en formación de la UdeA y un homenaje a Jesús Alberto Echeverri. *Debates*, (85), 82-101.
- Zambrano, I. (2022). Vocación de maestro, por qué sí y para qué no. Un diálogo crítico. *Debates*, (87), 128-138.
- Zuleta, E. (2020). *Conversaciones*. Editorial Ariel.